

3517c
56

LOS CUATRO LIBROS
DEL
CORTESESANO,

COMPUESTOS EN ITALIANO
POR EL CONDE BALTASAR CASTELLON,
y agora
nuevamente traducidos en lengua castellana
POR BOSCAN

EDICION DIRIGIDA
POR D. ANTONIO MARÍA FABIÉ



32388
10/2/94

MADRID
LIBRERÍA DE LOS BIBLIÓFILOS

— ALFONSO DURÁN —
C.^{ta} de S. Jerónimo, 2

M DCCC LXXIII

zar un solo paso ó un solo movimiento, que se haga con buen aire y no forzado, en la misma hora descubre el saber de quien danza. Y un músico en el cantar, con un solo grito bien entonado descansado y dulce y tal que parezca haberse hecho aquello así acaso, hace creer que sabe mucho más de lo que sabe. Tambien en la pintura una sola raya ó un solo rasgo dado con el pincel diestramente y con livianeza, de manera que se muestre la mano, sin ser guiada por el arte, irse ella misma fácilmente de suyo al término conforme á la intincion del pintor, manifiesta claramente ser bueno aquel maestro en su oficio, acerca de la opinion del cual cada uno despues se estiende segun su juicio. Lo mismo acontece casi en cualquier otra cosa.

CAPÍTULO VI

En el cual, prosiguiendo la plática, dice el Conde que en el hablar y en el escribir es muy importante aviso al perfeto cortesano huir como de pestilencia la afetacion, que es una tacha que desbarata y destruye totalmente el lustre de la buena gracia; el cual aviso se dió en el capítulo pasado por una generalísima regla. Y sobre esta materia del hablar y escribir pasa gran disputa entre los cortesanos.



sí que nuestro cortesano será tenido por escelente y en todo terná gracia, especialmente en hablar, si huyere la afetacion; en el cual error caen muchos, y algunos nuestros lombardos alguna vez más que otros, los cuales, en estando un año fuera de

sus casas, cuando vuelven, luégo hablan romano ó español ó frances, y Dios sabe cómo. Todo esto procede de un gran deseo de mostrarse muy sabios, y aciertan pues bien; porque no hacen en esto sino trabajar con todas sus fuerzas de alcanzar una estraña y aborrecible tacha. Por cierto yo recibiria agora muy gran pena si en estas nuestras pláticas quisiese usar aquellas antiguas palabras toscanas que ya en nuestros tiempos no se usan, y áun creo que vosotros os reiríades de mí si yo lo hiciese.

Claro está, dixo entónces micer Federico, que sería malo, hablando así agora nosotros familiarmente como hablamos, servirnos de aquellas palabras que ya están fuera de uso; porque, como vos decis, fatigarian á quien las dixese y á los que las oyesen, y no serian entendidas de muchos sin harta dificultad. Pero escribiendo creeria, yo que erraria quien no se aprovechase de ellas, porque dan mucha gracia y autoridad á lo que se escribe, y compónese dellas una lengua más grave y más llena de majestad que de las modernas.

Yo no sé, respondió el Conde, qué gracia ó qué autoridad puedan dar á la escritura aquellas palabras que se deben huir no solamente en el hablar comun como agora es este nuestro, lo cual vos mismo habeis confesado, mas áun en toda otra cosa que imaginarse pueda. Y porque veais mejor esto, tomá agora aquí un hombre de buen juicio que haya de hacer un razonamiento sobre alguna materia de mucha calidad en el proprio senado de Florencia, que es la cabeza de Toscana, ó haya en la misma ciudad de hablar privadamente con alguna persona de estado sobre ne-

gocios importantes, ó con otro que sea acostumbrado de tratar cosas de gusto, ó si quisiéredes con damas ó caballeros, burlando en fiestas ó juegos ó adonde quiera que se halle, ó en cualquier tiempo ó lugar ó propósito que se le ofrezca; yo tengo por cierto que con mucho aviso se guardára de usar aquellas palabras antiguas de los toscanos, y, si por su desdicha ó necesidad las usáre, no se escusará de ser burlado ó de hacer harto asco á quien le oyere. Paréceme luégo estraña cosa juzgar en el escribir por buenas aquellas palabras que en ninguna suerte de hablar se sufren, y querer que lo que totalmente y siempre parece mal en lo que se habla, parezca bien en lo que se escribe. Porque cierto, ó á lo ménos segun mi opinion, lo escrito no es otra cosa sino una forma de hablar que queda despues que el hombre ha hablado, y casi una imágen ó verdaderamente vida de las palabras; y por esto en el hablar (el cual en el mismo punto que la voz es fuera de la boca queda derramado y perdido) pueden quizá sufrirse algunas cosas que en el escribir no se sufren, porque la escritura conserva las palabras y las somete al juicio del que lee, dándole tiempo de considerarlas maduramente. Y así es razon que en ella se tenga mayor diligencia y arte por hacella mejor y más corregida; pero no tampoco de manera que las palabras escritas sean diferentes de las habladas, sino que tome el que escribiere las más escogidas de las que habláre. Que ciertamente si en el escribir fuese lícito lo que es defendido en el hablar, seguirse ia este inconveniente, que la licencia sería más ancha en aquello en que más estrecho y mayor estudio se ha de poner. Y

de esta suerte la industria que se pone en el escribir, en lugar de aprovechar dañaria. Por eso está claro que lo que se requiere en lo que se escribe se requiere tambien en lo que se habla, y aquel hablar es mejor que se parece con el mejor escribir. Pienso asimismo que se sufre ménos escribir mal que hablar mal; porque los que escriben no están siempre presentes á los que leen, como los que hablan á aquellos con quien hablan. Así que, prosupuestos estos fundamentos, yo diria que el hombre juntamente con huir muchas palabras de las toscanas antiguas, podria usar sin miedo, escribiendo y hablando, las que hoy en dia se usan en la misma Toscana y en las otras partes de Italia, y tienen en la pronunciacion alguna gracia. Y es mi opinion que, quien sigue otra ley sino ésta, tiene muy gran peligro de caer en aquel tan odioso vicio de la afetacion, del cual hemos hablado poco há.

Yo, señor, os confieso, dixo entónces micer Federico, que el escribir es un modo de hablar. Mas hase de considerar esta diferencia: que si las palabras habladas traen consigo alguna escuridad, la habla no penetra en el corazon del que oye; y así, haciendo su camino sin ser entendida, queda vana. Pero si en el escribir las palabras escritas alcanzan una poca de dificultad (ó por mejor decir) una cierta agudeza sustancial y secreta, y no son así tan comunes como aquellas que se usan en el hablar ordinario, dan ciertamente mayor autoridad á lo que se escribe, y hacen que quien lee, no sólo está más atento y más sobre sí, pero aún mejor considera y con mayor hervor gusta del ingenio y dotrina del que escribe; y trabajando

un poco con su buen juicio, recibe aquel deleite que hay en entender las cosas difíciles. Y, si la inorancia del que leyere fuere tanta que no pueda valerse con la dificultad, será culpa suya y no del autor que aquello escribió, y no se habrá de juzgar por esto que, aquella lengua en que aquello está escrito, no merezca ser aprobada. Y, en fin, la razon más principal que me mueve á tener por bien de usar las palabras solamente de los antiguos toscanos, es considerar que el tiempo, el cual hasta agora las ha conservado, es gran testigo y aprueba mucho que no pueden ser sino buenas y declaradoras de aquello que en ellas ha de ser significado, porque de otra manera cayéranse luégo, ó á lo ménos no duráran tanto, y demas desto, tienen aquella gracia y veneracion que la antigüedad suele dar no sólo á las palabras, mas á los edificios, á las medallas, á las pinturas y á toda cosa que pueda ser conservada, y muchas veces sólo con su lustre y autoridad pone hermosura y fuerza en la habla, de cuya virtud y gracia todo sujeto, por baxo que sea, puede quedar tan ennoblecido que merezca ser muy alabado; y aún más os digo, que esa vuestra costumbre, de la cual vos haceis tanto caso, no dexa de ser (si yo no me engaño) harto peligrosa, y puede muchas veces ser mala. Porque cierto si en el hablar se halla haberse apoderado algun mal vicio en los inorantes, no me parece que por eso se deba tomar por regla ni ser seguido por cada uno. Demas desto, los usos son muy diversos, y cada ciudad principal en Italia habla diferentemente de todas las otras. Por esto, si vos no particularizais cuál es la más apro-

bada lengua, podria el hombre usar así la de Bérghamo como la de Florencia, y (segun lo que vos habeis dicho) no erraria. Paréceme luégo, que, el que quisiere huir todo escrúpulo, será bien que tenga diligencia en escoger un autor entre los otros á quien siga, el cual sea aprobado por consentimiento de todos. Este ha de ser la guía y el escudo contra los reprehensores. Y si me preguntais quién querría yo que fuese, deciros he que el Petrarca (en la lengua vulgar digo) ó el Bocacio, y quien destos se apartáre andará á tiento como si caminase á oscuras, y así por fuerza habrá de errar el camino. Pero nosotros somos tan confiados, que nos despreciamos de hacer lo que hicieron los ecelentes antiguos, y presumimos de no tener necesidad de traer delante nuestros ojos algun autor tras quien enderecemos nuestro tino; pues sin esto yo digo que es imposible escribir bien. Puédese probar con Virgilio, el cual, puesto que con su divino ingenio y juicio hubiese quitado el esperanza á todos de poder bien seguirle, no por eso dexó él de seguir á Homero.

Esta disputa del escribir, dixo entónçes Gaspar Pallavicino, merece ciertamente ser bien escuchada; mas todavía pienso que haria más al caso mostrar al Cortesano la forma que ha de tener en el hablar; porque, á mi parecer, tiene mayor necesidad dello, y más veces se ha de aprovechar del hablar que del escribir.

Respondió el manífico Julian entónçes. Antes si vosotros quereis que nuestro Cortesano sea perfeto, es necesario mostralle entrambas cosas. Y áun creo que

sin éstas quizá todas las otras valdrian harto poco ; por esto si el Sr. Conde quisiere acabar de pagar su deuda , mostrárselas ha agora.

Respondió á esto el Conde. Ya vos , señor , no acabaréis conmigo que yo emprenda eso ; porque harta locura sería la mia querer mostrar lo que no sé. Y ya que lo supiese , ¿quién me pone á mí en pensar hacer con tan pocas palabras lo que apénas hicieron con grandísimo estudio y diligencia hombres de singular dotrina , á los cuales remitiria yo agora nuestro Cortesano , si todavía se estendiese mi obligacion á mostralle á hablar y escribir bien ?

El señor Manífico habla , dixo entónces micer César del escribir y hablar vulgar , no del latino. Por eso lo que está escrito en este caso por los hombres dotos que decís , va fuera de lo que aquí tratamos , y así conviene agora que vos digais en esto lo que se os entiende , que tampoco os pedirémos más.

Ya yo lo he dicho , respondió el Conde. Mas , pues la plática es sobre la lengua toscana , tocaria más por ventura al señor Manífico que á otro ninguno dar en esto la sentencia.

Yo no puedo ni debo , dixo el Manífico , contradecir á quien dice que la lengua toscana lleva ventaja á las otras , bien es verdad que muchas palabras hay en Petrarca y en Bocacio que agora ya en nuestros tiempos no son admitidas por el uso. Éstas yo , por decir verdad , no querria usallas ni hablando ni escribiendo , ni áun ellos creo que si agora viviesen las usarian.

Ántes las usarian , dijo micer Federico , y vosotros , señores toscanos , debriades renovar vuestra lengua y

no dexar perdella, como veo que lo haceis. Que ya ménos noticia hay della en Florencia que en otros muchos lugares de Italia.

Respondió entónces micer Bernardo. Las palabras que en Florencia no se usan han quedado en los hombres baxos y aldeanos, y con esto, como corrompidas y dañadas por la vejez, son desechadas por las personas de calidad.

CAPÍTULO VII

En el cual, prosiguiéndose la plática del hablar y escribir, se afirma el Conde en su opinion, que es que las reglas que sirven para el hablar sirvan para el escribir.

No nos salgamos, dixo entónces la Duquesa, de nuestro primer propósito, sino que acabemos ya con el Sr. Conde que muestre al Cortesano de hablar y escribir bien, sea toscano ó el que fuere.

Yo, señora, respondió el Conde, ya he dicho lo que en esto sé, y es mi opinion que las mismas reglas que sirven á lo uno sirven á lo otro. Pero, pues así lo mandais, responderé á micer Federico, el cual tiene contrario parecer del mio, y por ventura habré de alargarme más de lo que conviene, pero tambien con esto haré pago. Primeramente digo que, segun mi opinion, esta nuestra lengua, la cual nosotros llamamos vulgar, es á mi parecer nueva, aunque haya mucho tiempo que se use, porque de haber sido Ita-

lia, no solamente fatigada y saqueada por bárbaros, mas largo tiempo poseida y habitada por ellos, con el trato de aquellas naciones la lengua latina se dañó, y deste dañarse procedieron otras lenguas, las cuales, así como los rios, que nacen de la cumbre del Apenino, se apartan los unos hácia al mar de Venecia, y los otros hácia al de Italia, así tambien se dividieron ellas; y algunas mezcladas con alguna latinidad, por diversos caminos llegaron á diversas partes, y una se quedó en Italia, no sin mucha participacion de lo bárbaro. Ésta ha andado entre nosotros largo tiempo descompuesta, y vária por no haber alcanzado quien la pusiese en concierto y le diese lustre escribiendo en ella; despues estuvo en Toscana algun tanto mejor tratada y no tan confusa como en otras partes de Italia, y parece que le quedó allí la flor de aquellos primeros tiempos, por haber aquella nacion guardado más que las otras la buena pronunciacion y la órden gramatical que conviene, y alcanzado tres famosos autores, los cuales ingeniosamente, y con las palabras y términos que se usaban en sus tiempos, han dicho todo lo que han querido. Éstos más prósperamente que á todos los otros (segun mi opinion) sucedió á Petrarca en las cosas de amores. Despues de tiempo en tiempo levantándose por toda Italia entre hombres principales que siguen córtés y tratan cosas de armas y de letras algun deseo de hablar y escribir mejor que no se hacia en aquella primera edad grosera, cuando los estragos hechos por los bárbaros no habian aún cesado, dexaron de usarse muchas palabras en Florencia y en Toscana y en toda Italia, y en lu-

gar de aquéllas tomáronse otras. Y así en esto se hizo la mudanza que se suele hacer en todas las cosas humanas.

Lo mismo ha siempre acaecido en las otras lenguas, y si las primeras cosas escritas de los más antiguos latinos hubiesen durado hasta agora, veríamos, si las leyésemos, cuán diferente fué el hablar de Evandro y de Turno y de los otros latinos de aquel tiempo, del que despues usaron los postreros reyes romanos y los primeros cónsules. Acordaos que los versos que cantaban los salios apénas eran entendidos de los que despues dellos sucedieron; mas porque estaban así ordenados por aquellos que primero los instituyeron, no se mudaban por acatamiento de la religion. Siguiendo este proceso, los oradores y los poetas anduvieron dexando muchas palabras usadas por sus antecesores. Antonio Craso, Hortensio y Ciceron huían hartas de las de Caton; Virgilio muchas de las de Ennio, y así lo hacian los otros, los cuales, aunque honraban mucho la antigüedad, no la apreciaban tanto que se obligasen á seguilla en todo, como vos quereis que lo hagamos agora nosotros; ántes en lo que les parecia la tachaban; como Horacio, que quiso que fuese lícito hacer vocablos nuevos, y dixo que sus antecesores fueron necios en alabar á Plauto; y Ciceron en hartos lugares reprehende á muchos de sus antepasados, y por decir mal de Servio Galba, afirma que sus oraciones tenian mucho de lo antiguo, y dice que Ennio tambien despreció en algunas cosas á los que fueron ántes dél; de manera que si nosotros quisiéremos seguir los antiguos, no los se-

guirémos, y Virgilio, que vosotros decís que siguió á Homero, no le siguió en la lengua. Así que yo estas palabras antiguas (cuanto por mí) huillas hía siempre salvo en ciertos lugares, y áun en éstos pocas veces las usaria. Y paréceme que quien de otra manera lo hace, no yerra ménos que erraria el que quisiese, por seguir los antiguos, comer bellotas agora que tenemos abundancia de trigo. Y á lo que decís que los vocablos antiguos sólo con aquel lustre de la antigüedad ennoblecen tanto cualquier sujeto por baxo que sea, que le hacen dino de ser loado, respondo que ni esas palabras antiguas ni áun las buenas tengo en tanto, que si no traen sustancia de muy singulares sentencias piense que deban ser estimadas. Porque el apartar las sentencias de las palabras, no es otra cosa sino apartar el alma del cuerpo, lo cual ni en la una cosa ni en la otra puede hacerse sin que lo compuesto quede destruido. Así que lo que más importa y es más necesario al Cortesano para hablar y escribir bien, es saber mucho. Porque el que no sabe, ni en su espíritu tiene cosa que merezca ser entendida, mal puede decilla ó escribilla. Tras esto cumple asentar con buena órden lo que se dice ó se escribe, despues esprimillo distintamente con palabras que sean propias, escogidas, llenas, bien compuestas y sobre todo usadas hasta del vulgo, porque éstas son las que hacen la grandeza y la majestad del hablar, si quien habla tiene buen juicio y diligencia, y sabe tomar aquellas que más propriamente esprimen la sinificacion de lo que se ha de decir, y es diestro en levantallas, y dándoles á su placer forma como á cera, las pone en tal

parte y con tal órden, que luégo en representándose den á conocer su lustre y su autoridad, como las pinturas puestas á su proporcionada y natural claridad.

Todo esto que digo se ha de entender así del escribir como del hablar, en el cual todavía se requieren algunas cosas que no son necesarias en el escribir, como es la buena voz, no muy delgada ni muy blanda como de mujer, ni tampoco tan recia ni tan áspera que sea grosera; pero sonora, clara, suave y bien asentada, con la pronunciacion suelta y con el gesto y ademanes que convengan con lo que se dice; los cuales (á mi parecer) consisten en ciertos movimientos del cuerpo no forzados ni curiosos; mas templados, con un semblante conforme, y con un menear de ojos que traiga consigo gracia y ande concertado con las palabras, y, quanto más sea posible, sinifique hasta con el gesto la intincion y el sentimiento del que habla. Pero todo esto sería de poco provecho si las sentencias que están dentro en las palabras no fuesen buenas, ingeniosas, agudas, elegantes y graves, segun la materia y el lugar y el tiempo.

Yo he miedo, dixo entónces Morello de Hortona, que si este nuestro Cortesano habla entre nosotros tan elegante y sustancialmente, no se hallen algunos que no le entiendan.

Mas ántes le entenderán todos, respondió el Conde, porque la facilidad y la llaneza siempre andan con la elegancia. Y no penseis que yo tampoco diga que hable él ordinariamente de cosas muy fundadas, sino que muchas veces decienda á las otras de placer, como de juegos, de motes y de burlas, segun

se ofreciere. Pero en todo tenga continuamente buen seso y presteza y abundancia no confusa. No muestre vanidad ni mochachería en nada. Y si le acaeciere hablar en alguna materia oscura ó difícil, conviene que, con las palabras y sentencias bien distintas, declare sotilmente su intencion, y con una cierta manera diligente y no pesada, desembarace y dexé llana toda forma de hablar dudosa. Asimismo cuando haga al caso sepa hablar con gravedad y fuerza, y tenga entónces habilidad para mover las pasiones y sentimientos que hay en nuestros corazones, y sea para encendellos y trastornallos, segun fuere la necesidad del negocio, y algunas veces los enternezca y casi los emborrache de dulzura con aquella pureza de buenas entrañas, que haga parecer que la misma natura habla. Todo esto se haga tan sin trabajo, que el que escucháre piense que aquello no es nada de hacer, y que está en la mano hacello él tambien; pero despues cuando venga á proballo, se halle muy léxos de poder hacello. Querria tambien que hablase y escribiese nuestro Cortesano de manera, que no solo tomase los buenos vocablos de toda Italia, mas aunque alguna vez usase algunas palabras francesas ó españolas, de las que son por nosotros en nuestro uso recibidas: como agora, por exemplo, no me pareceria mal que sobre algo que viniese á propósito dixese *acertar*, *aventurar* y otros semejantes vocablos, con tal que se pudiese esperar que habian de ser entendidos.

Sería tambien bueno que alguna vez tomase algunas palabras en otra sinificacion apartada de la propria, y transfiriéndolas á su propósito las enxiriese como una

planta en otra mejor por hacellas más hermosas, y por declarar con ellas y casi figurar las cosas tan á lo proprio que ya no nos pareciese oillas, sino vellas y tocallas. De esto no podria dexar de seguirse gran deleite al que oyese ó leyese. Y á vueltas de todo esto no ternia por malo que se formasen algunos otros vocablos nuevos, y con nuevas figuras ó términos de hablar, sacándose por gentil arte de los latinos, como los latinos los solian sacar de los griegos. Así que con esto, si entre los hombres dotos y de ingenio y de juicio que en nuestros tiempos entre nosotros se hallan, hubiese algunos que quisiesen poner diligencia en escribir de la manera que hemos dicho, en esta nuestra lengua, cosas dinas de ser leidas, presto la veriamos pura y elegante y abundosa de gentiles términos y figuras, y aparejada á que en ella se escribiese tambien como en otra cualquiera.

Y si mejorada y tratada por esta arte no saliese puramente antigua toscana, quedaria italiana comun, copiosa y vária, casi como un deleitoso jardin lleno de diversas flores y frutos. Esto no sería cosa nueva, porque ya los antiguos griegos de las cuatro lenguas que usaban, escogiendo de cada una las palabras, los modos y las figuras que mejor les parecieron, hicieron otra que se llamó comun; y así todas cinco debaxo de un solo nombre fueron llamadas lengua griega, y, puesto que la de Aténas fuese elegante, pura y abundosa más que las otras, los buenos autores, que no eran atenienses, no la codiciaban tanto que en la manera del escribir y casi en el olor y propiedad de su natural habla no fuesen conocidos, mas por eso no

eran despreciados, ántes los que querian parecer muy atenienses eran reprehendidos y burlados. Tambien entre los escritores latinos fueron estimados muchos que no eran romanos, aunque no hubiesen alcanzado aquella limpia pureza de la lengua romana, la cual pocas veces se dexa alcanzar de los que son de nacion estrangeros. No fué desechado Tito Livio, puesto que no faltó quien dixo haber hallado en él una cierta patavinidad, ni Virgilio, aunque fué reprehendido que no hablaba romano.

Y como sabeis, fueron tambien alabados y preciados muchos que nacieron en tierras bárbaras. Pero nosotros, más estrechos y rigurosos que los antiguos, cargámonos de nuevas leyes sin ningun propósito, y tiniendo delante nuestros ojos el camino trillado, buscamos los rodeos ó (por mejor hablar) los despeñadores. Porque en nuestra natural lengua, el oficio de la cual (como de todas las otras) es bien y distintamente declarar los concetos del alma, nos holgamos con la escuridad, y es bueno que llamándola lengua vulgar queremos en ella usar palabras que ni del vulgo ni de los hombres principales y dotos son entendidas, y no nos contentamos con usalla así livianamente, mas traémoslas siempre entre las manos mucho más que otra nacion alguna, sin considerar que todos los buenos antiguos continamente abominaron mucho los vocablos hallados fuera de la comun costumbre; la cual vos, segun me parece, no la tomais como ella se ha de tomar; porque por una parte decis que si algun mal vicio en el hablar se ha apoderado en muchos inorantes, no por eso se debe llamar costumbre ni tenerse por re-

gla; y por otra os he oido decir hartas veces que en lugar de capitolio quereis que se diga campidoglio, por Hierónimo Girolamo, y aldace por audace, y por patrone padrone, y otras tales fealdades de palabras corrompidas que han quedado no sé cómo en el mundo, no por más sino porque quizá se hallan escritas por algun antiguo toscano necio y porque así las usan hoy dia los hombres baxos y aldeanos de Toscana. La buena costumbre de hablar no es ésa, sino la que nace de los hombres de ingenio, los cuales con la doctrina y esperiencia han alcanzado á tener buen juicio, y con él concurren y consienten todos á una mano en acetar los vocablos que les parecen buenos, los cuales se conocen por una cierta estimativa natural, no por arte ó regla alguna. ¿No sabeis vos que las figuras del hablar, las cuales dan mucha gracia y lustre á la habla, todas son abusiones de las reglas gramaticales? Pero son admitidas y confirmadas por el uso, sin poderse dar otra razon dello sino solamente porque agradan y suenan bien al oido y traen suavidad y dulzura. Ésta creo yo que sea la buena costumbre, en la cual tanta habilidad pueden tener los romanos, los napoletanos, los lombardos y los otros como los toscanos. Verdad es que hay cosas que en todas las lenguas son siempre buenas, como la facilidad, la buena órden, la abundancia, las gentiles sentencias, las cláusulas numerosas que satisfagan bien al oido; y, por el contrario, la afetacion y las otras cosas que son al reves destas son malas.

Pero de las palabras, unas están en reputacion un tiempo, despues envejecen y pierden del todo la gracia;

otras van cobrando fuerzas, y suben hasta ser tenidas en muy gran precio, y como en los tiempos del año, en los unos los árboles pierden la hoja y en los otros echan y llevan fruto, así el tiempo hace caer los vocablos viejos, y el uso hace renacer otros de nuevo, dándoles autoridad y gracia, hasta que con la edad, cayéndose poco á poco, éstos tambien como los otros llegan al término donde se acaban y fenecen; porque, en fin, no solamente nosotros, mas aún todas nuestras cosas son mortales. Considerá que de la lengua de los oscos ya ninguna noticia nos queda; la proenzal, que muy poco ha era celebrada por autores famosos, agora ni aún de los moradores de aquella provincia es entendida. Así que yo pienso que si el Petrarca y el Bocacio (segun dixo muy bien el señor Manífico) fuesen agora vivos, no usarian muchas palabras de las que están en sus libros; y por esto no me parece bien que nosotros en ellas los sigamos. Pero tampoco dexo de alabar aquellos que en su escribir tienen algunos buenos autores por familiares á los cuales sigan. Mas tras esto tambien digo que se puede escribir bien sin curar de seguir á nadie, en especial en esta nuestra lengua, en la cual podemos por la costumbre ser guiados, lo que no osaria yo decir de la latina.



CAPÍTULO VIII

En que prosiguiendo el Conde su plática dice que el uso es la guía del bien hablar y escribir.



Dixo entónces micer Federico : ¿ Por qué quereis que yo haga más caso de la costumbre en la lengua vulgar que en la latina ? Mas ántes de la una y de la otra, respondió el Conde, la costumbre es la guía. Pero porque aquellos que tenian la latina por su lengua propia y natural, como nosotros tenemos la vulgar, no están ya en el mundo, es necesario que de sus escritos aprendamos lo que ellos aprendieron del uso. Y, si bien lo mirais, ninguna otra cosa quiere decir hablar antiguo sino costumbre antigua de hablar; y así locura sería darse al hablar antiguo, solamente por deseo de hablar como se hablaba y no como se habla.

Luego los antiguos (respondió micer Federico) no imitaban.

Ántes creo yo, dixo el Conde, que muchos lo hacian, pero no en toda cosa; que si Virgilio hubiera en todo imitado é Hesiodo no le pasára el pié delante, ni Ciceron á Craso, ni Ennio á sus antecesores. Homero es tan antiguo que, segun opinion de muchos, así lleva á todos los poetas heroicos en antigüedad como en ecelencia de escribir. Así que siendo él el primero, ¿ á quién queríades vos que hubiese imitado?

Á algun otro, dixo micer Federico, que quizá fué más antiguo, del cual nosotros no tenemos noticia por el mucho tiempo.

El Petrarca, pues, y el Bocacio, dixo el Conde, ¿á quién direis que siguieron, que aún ayer parece que se puede decir que eran vivos?

Yo no lo sé, respondió micer Federico; mas de creer es que ellos tambien tuvieron ojo á seguir á alguno, aunque nosotros no sepamos á quién.

Respondió á esto el Conde. Bueno está de ver que los autores, á la imitacion de los cuales los otros tienen fin, deben de ser mejores que aquellos que los imitan, y así gran maravilla sería que durando la fama destes se hubiese perdido tan brevemente la de aquellos otros que, segun esta cuenta, debieran de ser mejores. Por esto creo yo que si Petrarca y Bocacio siguieran á alguno, no pudiéramos dexar de saber quién fué éste. Pero tengo yo por cierto que sus verdaderos maestros fueron sus ingenios y sus propios juicios naturales. Esto no se debe tener por cosa nueva; porque casi siempre por diversos caminos se puede llegar á lo más alto de cualquier ecelencia. Ninguna naturaleza hay que no tenga en sí muchas cosas, que aunque sean de un mismo género no sean diferentes por alguna via, mas no embargante esta diferencia, teniendo igualdad de grado, son tambien iguales en la gloria. Mirá las composturas de la música y sus armonías, que agora son graves y tardas, agora prestas y de nuevos puntos; pero, puesto que sean diferentes, todas deleitan, aunque cada una de su manera. Esto se ve en la forma del cantar de Bidon, la cual es tan arti-

ficiosa, presta, ardiente, levantada y de sonos tan varios que los sentidos de quien le oye todos se alborozan y se trasportan, y así encendidos y trasportados parece que se levantan hasta al cielo. No ménos mueve en su cantar nuestro Marcheto Cara, pero más blandamente, el cual con una arte suave y llena de una llorosa dulzura, enternece y traviesa las almas, imprimiendo en ellas dulcemente una pasion deleitosa. Tambien hay de una misma suerte cosas diferentes, que igualmente placen á nuestros ojos tanto que con dificultad se puede juzgar cuáles contenten más. En la pintura son muy señalados Leonardo Vincio, el Mantegna, Rafael, Miguel Ángel, Jorge de Castelfranco, y todos difieren los unos de los otros; mas de tal manera difieren que en ninguno dellos se halla que falte nada, sino que cada uno en su género es perfectísimo.

Lo mismo se ve en muchos poetas griegos y latinos, los cuales, siendo diversos en el escribir, son iguales en la fama. Los oradores tambien han siempre tenido entre sí tanta diversidad, que casi cada temporada ha producido y aprobado una suerte de oradores propria y conforme á aquel tiempo, los cuales no solamente de sus antecesores y sucesores, mas aún de sus contemporáneos han sido diferentes, como en los griegos se escribe de Isócrates, Lisias, Eschines y muchos otros, que aunque todos fueron ecelentes, á nadie se parecieron sino á sí mismos. Entre los latinos despues, aquel Carbon, Lelio, Scipion Africano, Galba, Sulpicio Cotta, Graco, Marco Antonio, Craso y tantos otros que sería muy larga cuenta de nombrarlos,

todos fueron muy singulares ; pero tampoco se parecieron los unos con los otros. De manera que quien se parase á pensar todos los oradores que han sido , cuantos oradores tantas formas de hablar hallaria. Antójaseme tambien que tengo en la memoria que Ciceron, en un lugar introduce á Marco Antonio diciendo á Sulpicio hallarse muchos que, no imitando á nadie, alcanzaron grado de singular perficion. Éstos fueron algunos que introduxeron una nueva forma de hablar , hermosa pero desacostumbrada, en la cual no seguian á nadie, y el mismo Ciceron afirma que los maestros deben considerar la natura de los discípulos, y, tomando aquélla por guía, encaminarlos y ayudallos en la via á que su ingenio y natural disposicion los inclina. Por esta causa, señor micer Federico, pienso yo que si el hombre de suyo no tiene conformidad con un autor, no es bien ponelle en la imitacion de aquél ; porque no sería sin amortiguarle la virtud de su ingenio y embarazársela, desviándosela del camino en el cual ella naturalmente hubiera médrado y hecho fruto, si no la atajáran. Así que yo no alcanzo cómo pueda ser bien, en lugar de enriquecer esta lengua y dalle espíritu, grandeza y luz, hacella pobre, flaca, baja y oscura, y procurar de echalla en tanta estrechez, que seamos obligados, aunque nos pese, á seguir solamente al Petrarca y al Bocacio. Que quanto desta manera, paréceme á mí que tampoco sería muy gran pecado dar tambien crédito en la forma del hablar al Policiano, á Lorenzo de Médici, á Francisco Diaceto y á algunos otros que no dexan de ser toscanos, y, por ventura, no de menor dotrina y juicio que fueron

el Petrarca y el Bocacio. Y verdaderamente estraña miseria sería luégo á dos pasos hallar atajado ó acabado el camino, y no pasar de donde llegó casi el primero de los que han escrito, y perder así sin más toda el esperanza que tantos y tan altos y tan maravillosos ingenios puedan en algun tiempo hallar más de una buena manera de hablar en la lengua que á ellos les es propia y natural. Pero hoy en dia hay muchos escrupulosos, los cuales casi supersticiosamente, y como en un caso recio de conciencia, hablando desta su lengua toscana, espantan á los tristes que los escuchan, de manera que hasta á muchos hombres de calidad y dotos hacen caer en tanto miedo, que no osan abrir la boca y confiesan no saber hablar aquella lengua que desde la cuna aprendieron en las tetas de sus amas. Mas paréceme que hemos hablado harto en esto, por eso será bien que volvamos á tratar de nuestro Cortesano.

Respondió entónces micer Federico. Yo quiero decirs esto primero, y es, que yo no niego ser las inclinaciones y ingenios de los hombres diferentes, y así no tengo por bien que un colérico y arrebatado se ponga en escribir cosas mansas y sosegadas, ni algun otro grave y severo componga libros de dulzuras, porque cada uno me parece que se debe aplicar á su natural instinto, y desto pienso que hablaba Ciceron cuando decia que los maestros habian de tener respeto á la naturaleza de los discípulos; por no hacer como los ruines labradores que siembran trigo en la tierra que no es buena sino para viñas, pero á mí no me cabe que en una lengua particular, la cual

no es universalmente á todos los hombres así propia, como son los discursos del alma, los pensamientos y muchas otras operaciones, sino una invincion contenida debaxo de ciertos términos, no sea más razon tener fin á seguir aquellos que hablan mejor, que hablar á caso; y que, como en el latin el hombre se debe esforzar á parecer á Virgilio ó á Ciceron más aina que á Silio ó á Cornelio Tácito; así tambien en el vulgar no se haya de tener por mejor seguir la manera del hablar de Petrarca y de Bocacio que la de los otros, y en ella declarar bien cada uno su intencion, y no descuidarse de lo que Ciceron dice, que debemos tener gran ojo á nuestra habilidad natural. Y por aquí se podrá ver que aquella diferencia que vos decis hallarse entre los buenos oradores, consiste en el sentido, y no en la lengua.

Yo he miedo, dixo entónces el Conde, que nosotros no nos metamos en muy grandes honduras y no dexemos nuestro principal propósito del Cortesano; mas con todo, preguntós, ¿en qué está la bondad de esta lengua?

Respondió micer Federico. En guardar bien la propiedad della, y tomarla en aquella sinificacion en que la tomaron los que bien escribieron, usando el mismo estilo y la misma compostura de cláusulas que ellos usaron.

Querria saber, dixo el Conde, ese estilo y esa compostura que decis, si procede de las sentencias ó de las palabras.

De las palabras, respondió micer Federico.

Pues luego vos confesais, dixo el Conde, que

las palabras de Silio y de Cornelio Tácito no son las mismas que se hallan en Virgilio y en Ciceron, ni están puestas en la misma sinificacion en que éstos las pusieron.

Las mismas son, respondió micer Federico, mas algunas hay dellas fuera de su lugar, y tomadas diferentemente.

Respondió á esto el Conde. Y si de los libros de Cornelio y de Silio se quitasen todas aquellas palabras que están en otra sinificacion diferente de cómo las puso Ciceron y Virgilio, las cuales por ventura serian harto pocas, ¿no diríades vos que Cornelio se podria igualar con Ciceron, y Silio con Virgilio, y que sería bien seguir aquella su forma de estilo?

Atravesó en esto Emilia y dixo: á mí me parece que esa vuestra disputa ya dura mucho y comienza á ser pesada, por eso sería bien dexalla para otro tiempo.

Todavía micer Federico porfiaba á responder, pero Emilia le atajaba cada vez.

Al cabo dixo el Conde. Muchos quieren decir su opinion en los estilos y hablan de las cláusulas qué concierto de sílabas han de llevar para caer bien, así mismo dan su sentencia en la imitacion, cuál ha de ser. Mas por decir verdad, todos ellos con quanto dicen no me saben hacer entender el bien de todo esto en qué consista, ni por qué las cosas que ha tomado Virgilio de Homero y de algunos otros, estén tan bien que digais que son suyas, ó que las tomó para mejorallas y no para tomallas. Pero no entender yo esto, por ventura

no es culpa dellos, sino mia que no lo alcanzo. Mas porque cuando el hombre está muy diestro y resumido en una cosa, siempre sabe bien mostralla, dudaria yo que ellos entiendan lo que no saben hacerme entender, sino que, en fin, yo creo que alaban á Virgilio y á Ciceron porque muchos los alaban, y no porque conozcan la ventaja que hay dellos á los otros; la cual cierto no consiste en sólo haber tenido buen aviso en dos ó en tres ó en diez vocablos, dichos diferentemente de como otros los dixeron; que tambien en Salustio, en César, en Varron y en otros buenos autores se hallan algunos términos usados por diversa via de la de Ciceron; mas no embargante esto, está bien todo y todo parece bien. Porque ciertamente no consisten el valor y la fuerza de una lengua en cosas de tan poca calidad. A este propósito bien dijo Demóstenes, cuando burlándosele Eschines de ciertas palabras que habia usado, no siendo puras de Aténas, y preguntándole si aquellos vocablos eran monstruos ó algunos desastrados agüeros, le respondió riendo, que no iban en aquello los estados ni los señoríos de Grecia. Así yo haria tambien poco caso si fuese reprehendido de algun toscano porque hubiese dicho *satisfato*, y no *sodisfato*; *honorebole*, y no *horrebole*; *causa*, y no *cagione*; *populo*, y no *popolo*, y otros semejantes vocablos.

Levantóse entónces micer Federico y dixo. Yo os suplico que me escucheis solamente dos palabras.

Pero en esto Emilia atajóle diciéndole con una risa. No más por agora sobre eso. El que más habláre en esta materia no ha de ser mi amigo. Yo

quiero que la dexemos para otra noche. Pero vos, señor Conde, pasá adelante en decir lo que hiciere al propósito de nuestro Cortesano, y parézcase agora vuestra buena memoria en saber tornar la plática adonde la dexastes.

Señora, respondió el Conde, paréceme que se quebró el hilo; mas con todo, si yo bien me acuerdo, pienso que decíamos, que aquella pestilencial tacha de la afetacion da siempre á todas las cosas mortal desgracia, y por el contrario, estrema gracia el descuido, y la llaneza avisada, en loor de la cual y en vituperio de la afetacion, muchas más cosas se podrian decir; pero yo agora diré solamente una. Estraño deseo tienen generalmente todas las mujeres de ser, ó á lo ménos de parecer hermosas, por eso lo que naturalmente en esto no alcanzaron, con artificio trabajan de alcanzallo. De aquí nace el afeitarse, el ponerse mil aceites en el rostro, el enrubiarse los cabellos, el hacerse las cejas y pelarse la frente y el padecer otros muchos tormentos por aderezarse; los cuales, vosotras, señoras, creéis que á nosotros son muy secretos, y hágoos saber que los sabemos todos.

Rióse á esto Constanza Fregosa, y dixo. Podria ser que fuese mejor cortesía agora la vuestra en proseguir vuestro razonamiento y hablar del Cortesano que en querer descubrir las miserias ó tachas de las mujeres sin ningun propósito.

Ántes con muy gran propósito, respondió el Conde, porque esas vuestras diligencias de que yo hablo os quitan toda la gracia, y ya veis cómo nacen de la afetacion, con la cual descubris claramente la ánsia

que teneis por ser hermosas. ¿No veis vosotras cuanto mejor parezca una mujer, que, ya que se afeite, lo haga tan moderadamente que los que la vean estén en duda si va afeitada ó no, que otra tan enxebegada que parezca á todos una pared ó una máscara, y ande tan yerta que no ose reirse por no quebrar la tez, y nunca mude de color sino á la mañana cuando se compone, y despues todo el dia esté como un mermol sin menearse, dexándose ver solamente, no á la claridad del sol, sino á la luz de las velas, como mercader cauteloso que muestra sus paños ó sus sedas en la tienda do entre la claridad tan medida como es menester para sus engaños? Pues ¿cuánto más que todas las otras agrada la que muestra su color limpio y natural sin mistura de artificio, aunque no sea muy blanca ni muy colorada, sino que parezca con su cara propia agora algo amarilla por alguna alteracion, agora con un poco de color por vergüenza ó por otro algun accidente, con sus cabellos acaso descompuestos, con el rostro claro y puro, sin mostrar diligencia ni codicia de parecer bien? Ésta es aquella descuidada pureza que tanto suele contentar á nuestros ojos y á nuestro espíritu, el cual siempre anda recelándose de donde quiera que haya artificio, porque allí sospecha que hay engaño. Están muy bien á una mujer los buenos dientes, porque no mostrándose así claramente, como se muestra el rostro, ántes por la mayor parte del tiempo estando cubiertos, de creer es que no se pone en ellos tanto cuidado como en la cara, con todo, quien se riese sin causa, sólo por mostrallos, ya descubriria el arte, y aunque los tuviese muy

buenos parecería mal, y no quedaria ménos frio que el Egnacio de Catullo. Lo mismo es de las manos, las cuales, si siendo hermosas y delicadas se muestran alguna vez á tiempo, segun el caso se ofrece, por descuido, huelga mucho el hombre de vellas, y desea que otra vez acaezca cosa por donde se puedan tornar á ver, lo que no sería si se mostrasen siempre; porque quien las trae cubiertas, no señala deseo de mostrallas, ántes se ha de creer que las tiene buenas, nõ por diligencia ni por arte, sino porque así son de suyo. ¿Nõ habeis vosotros mirado cuando acaso acontece que yendo una dama por la calle, ó estando en otro lugar burlando, se le descubre un poco el pié ó el chapin descuidadamente? Si entónces se vee bien aderezado lo que muestra, ¿cuán bien parece? De mí os digo que huelgo mucho de vello, y creo que vosotros tambien, porque cada uno agradece más el aderezo en parte así ascondida que adonde siempre se vee; y traer en aquello la mujer concierto, más parece que es por ser ella naturalmente ataviada de suyo y para sí, que porque tenga cuidado de parecer bien á nadie, pues aquel atavío no es sino en parte donde no se ha de creer que se traiga para ser visto. Desta manera se huye ó se disimula el vicio de la afetacion. El cual bien podeis ya conocer quanto destruya la buena gracia, así del cuerpo como del alma; de la cual aún hasta agora poco hemos hablado. Y ciertamente no es razon descuidarse della, porque quanto de mayor valor es que el cuerpo, tanto más merece ser bien tratada y granjeada.